

NOTAS

La burocracia estatal

ALBERTO LLERAS, EN UN ARTICULO MEMORABLE, la llamó simplemente "la plaga". Kafka la describió como el sedimento viscoso y oscuro que queda sobre la superficie de una sociedad cuando la revolución se evapora. Hegel dijo de ella que era el espíritu del Estado. Marx, que la detestaba, lo contradujo y certificó su falta de contenido espiritual. Isaac Deutscher la calificó de industria desvergonzada y consideró a Max Weber un "nieto pigmeo de Hegel" porque la defendió como la apoteosis del racionalismo. Los más ingenuos la miran como un instrumento del poder. Quienes han visto trituradas sus esperanzas y aun sus vidas por los mil engranajes de esa maquinaria colosal y voraz, saben que es el poder a secas, inclemente y absoluto. Los optimistas la consideran una perturbación grave pero pasajera, los pesimistas un mal inevitable y todos, ahora al final del siglo XX, una definitiva calamidad.

La burocracia es ese monstruo impersonal y terrible que, a la manera de los agujeros negros que acechan en el espacio, todo se lo traga, incluida la luz, y que en Colombia, como en cualquier parte, ya está logrando suplantar con el papeleo, con el trámite, con el procedimiento, lo poco que nos queda de verdadera autoridad.

Ubicua, prolífica y aplastante, la burocracia lo llena todo y está en todo, con excepción de aquello para lo cual se la necesita. Cuantitativamente, se puede rastrear su existencia por el presupuesto, del que se lleva siempre, y en proporciones cada vez más grandes, la parte del león. Cualitativamente, se puede inferir su presencia por su asombrosa capacidad para posponer lo útil, estorbar lo recomendable y andar en pugna con el sentido común. Concebida, en algún remoto y candoroso principio, como correa de transmisión entre el Estado con su poder y los asociados con su necesidad, la burocracia se ha convertido en un lazo mortal que nos está ahorcando a todos. De tejido de relaciones pasó a ser mortaja de las mejores iniciativas. De sistema de comunicaciones, a la forma más costosa y más sofisticada de la sordera, de la indiferencia y de la rigidez. Es estéril, pero se multiplica. Parece letárgica, pero trabaja constantemente, y con suprema eficacia, por todo cuanto significa su propia apetencia.

No hay gobierno que no haya querido reducirla, disciplinarla o hacerla más ágil y menos ruinoso. Pero no se sabe de uno solo que haya logrado

sacarla de la apatía o vencer su deliberada estolidez. Inmensa, helada y atrichenrada en sus privilegios, la burocracia estatal es eterna y ni siquiera la destruye su propia corrupción. Contra ella nada pueden ni las revoluciones ni los constituyentes. Es inmune a las violencias de las asonadas y refractaria a la persuasión. No hay conmoción que no termine estrellándose, impotente, contra una muralla de papeles, ni institución que logre sobrevivir a la interpretación caprichosa de un burócrata.

En los países capitalistas altamente desarrollados, la burocracia neutraliza el dinamismo de la libre empresa con la servidumbre de las regulaciones y se chupa, por la herida del déficit, los excedentes que genera la prosperidad. En los países socialistas acabó adueñándose de lo único que allí permite vivir, que es el Estado; y en Colombia, como en toda la América Latina, sustituyó a la política, en la que ya no se triunfa colocándose al frente de una mancomunidad de convencidos, sino dejándose empujar mansamente por una tribu agradecida de recomendados.

Carlos Lemos Simmons

